generadora y fecundante de la naturaleza. Es el sello de la vida y de la fuerza que da el calor, en la noción antigua, simbolizado en el Toro.

El *par*, céltico, piedra consagrada, tiene el mismo origen. El *menhir* de los erablos, en Turena, está, como otros muchos, horadado de parte á parte para recibir una luz. Eran piedras consagradas al sol, como fuente de calor y luz universal.

Es, pues, este calor creador, adorado bajo sus brillantes manifestaciones de sol y fuego, lo que forma con el soplo animador el misterio de las mitologías, revelado ahora por el conocimiento de las dos onomatopeyas *Ha* y *Ber*.

LOS MITOS SALVAJES

DEL ESPÍRITU Y DEL CALOR.

I.

Hemos visto que el mito tiene su origen en un estado primordial del espíritu humano semejante al que puede tener un niño y que, sólo procurando colocarse en él con la imaginación, y desentendiéndose de cualquier otro modo de ver las cosas, puede llegarse á comprender el nacimiento de un dios. En ninguna época del mundo tuvo el hombre ese poder creador que se le ha supuesto. Los dioses nacen de la manera más sencilla y pobre, en la ignorancia y la miseria de la choza prehistórica; después, el mito, como una bola de nieve, va creciendo; las analogías se sobreponen unas á otras con los siglos, y la poesía se encarga últimamente de embellecer, exagerándole, el mito personal antropomórfico.

El salvaje se encuentra todavía en este período de desenvolvimiento mítico, porque conserva, mejor aun que nuestras antiguas civilizaciones, el orden de ideas primitivo y, por eso mismo, guarda el sentido del mito original y retiene su nombre á pesar de haberse sepa-

rado mucho antes del centro de creación y de haber cambiado tanto su lenguaje.

Los salvajes, como los hombres primitivos, prestan sin esfuerzo alguno, á los fenómenos de la naturaleza, una vida tan real y verdadera, que cuesta trabajo comprenderla así al hombre civilizado. Tylor cuenta, para probar este poder de imaginación con el cual los salvajes pueden personificarlo todo, una graciosa conversación de unos indios algonquinos con uno de los primeros misioneros en el Canadá, el P. Lejeune: «Yo les he preguntado de dónde venían la luna y el sol; ellos me respondieron que la luna se eclipsaba y parecía negra, porque llevaba á su hijo en brazos y éste impedía que se viera su claridad.—Si la luna tiene un hijo estará casada ó lo habrá estado? les dije yo.—Sí señor, me respondieron, el sol es su marido que camina todo el día y ella toda la noche, y si él se eclipsa ó se oscurece, es que toma también al hijo que ha tenido de ella entre sus brazos.—Sí, pero ni la luna ni el sol tienen brazos, les repliqué. Tú no tienes talento; ellos tienen siempre sus arcos tirantes delante de ellos y por eso no se les ven los brazos.—Y sobre quien quieren tirar?—Eh! qué sabemos nosotros?»

Una leyenda célebre de esta misma raza, la historia ottawa de *Yosco*, supone el sol y la luna, hermano y hermana, como en el Perú.

Cuando los aleucianos pensaban que si uno de ellos ofendía á la luna, ésta arrojaría piedras sobre el culpable y le mataría, ó cuando la luna aparecía á una *squawa*, bajo la forma de una hermosa señora, llevando un niño en los brazos y pidiendo una ofrenda de tabaco y de vestidos de pieles; ¿qué concepción de una personificación realísima puede ser más clara? pregunta Tylor. Cuando los apaches interrogaban á los españoles: ¿No creeis en este dios, en ese sol que nos ve

y nos castiga cuando lo merecemos? es imposible sostener que estos salvajes hablasen en sentido figurado. El *Helios* de Homero es una viviente personalidad, no una metáfora. Estas analogías que para nosotros, más instruidos de las causas, no son más que simples productos de la imaginación, eran para los hombres del pasado una poderosa realidad. Esto, que nosotros llamamos poesía, era para ellos la realidad de la vida, apareciéndoles el mundo, como hoy aparece al niño escuchador de cuentos, lleno de prestigios y de encantos. La roca que se abre por sí misma, la serpiente y el pájaro que siguen una conversación tirada, los genios escondidos en el fondo del mar y de los bosques, no son más que supervivencias de aquel estado primitivo del pensamiento. En aquel tiempo, las llamas que consumían la presa, eran lenguas de fuego; los dolores del hambre, algo vivo que roía las entrañas; los ecos de la voz en la prolongación de la cueva, eran ninfas, espíritus que contestaban; los truenos, ruidos de la carroza de Dios rodando sobre el firmamento. ¿No se dice en Asturias todavía á los niños, cuando truena, que son los ángeles que juegan á los bolos?

A pesar de todo, por más que procuremos coger por un momento aquel estado mental, se nos escapan algunos parecidos. ¿En qué se parece el arco-iris á una serpiente? Y sin embargo, es posible que el antiquísimo culto de este reptil tenga algo que ver con aquel fenómeno. En Dahomey, *Dauh*, la serpiente celeste que da á los hombres la dicha, no es otra cosa que el arco-iris. En Nueva-Zelanda hay un mito en que se describe la lucha de la tempestad contra el bosque: «el arco-iris se levanta y, colocando su boca sobre la de *Tane-Mahuta*, el padre de los árboles, continuó combatiendo hasta que su tronco hubo estallado en dos y sus ramas vinieron al suelo.» Entre los karenos de

Birmania existe la idea de que el arco-iris es un espíritu ó un demonio que puede devorar la vida de los hombres: «El arco-iris, dicen, ha bajado á beber agua; vereis como va á morir alguno de muerte violenta.» Los zulos tienen la misma opinión. Esta idea de bajar á beber el arco, cuando toca en la tierra aparentemente, y la curva que describe en las nubes, fueron suficientes para hallarle analogía con la culebra. Desde entonces puede ser esta el símbolo, la representación en la tierra, de la serpiente celeste.

Ya hemos dicho que las serpientes juegan un gran papel en las religiones del mundo. Los indios de la América del Norte veneran la serpiente de cascabel como un protector divino que puede traer el buen tiempo ó producir la tempestad. Los peruanos adoraban grandes serpientes y los mejicanos tenían su dios Quetzalcoatl, la serpiente de las plumas rojas. Los lombardos adoraron su víbora de oro hasta que Federico Barbaroja la hizo fundir para hacer patenas y cálices. La serpiente fenicia que se mordía la cola, simbolizaba el universo y el dios *Taut*, llegando á ser con el tiempo emblema de la eternidad. En la envoltura de las momias egipcias se encuentra la forma de la serpiente *Apophis*, y representando el genio del mal, figura en la religión de Zoroastro la serpiente *Aji-Dahka*, trastornado ya su culto de dios benéfico por los magos.

Dada esta animación de la naturaleza entera, el culto del árbol se presenta también como una cosa lógica y natural. Bien que sea difícil averiguar si se le creyó en un principio habitado por un alma que le fuese propia ó por algún otro espíritu que hiciese de él su templo ó tabernáculo, el culto del árbol es un culto tan espiritual y anímico como pudo ser el de los grandes dioses.

Hemos dicho que no hubo nunca idolatría en el mundo, salvo algún caso raro de aberración mental. En toda religión, por salvaje que sea, no hay más culto que el de las imágenes ó representaciones, que pueden ser bonitas estátuas ó deformes mónstruos; cuestión de arte. Un día que un negro, adorando á un árbol, le ofrecía alimentos, alguno le preguntó, dice Waitz, si el árbol comía. «El árbol no es un fetiche, le contestó el negro; el fetiche es un espíritu invisible que ha bajado á este árbol. Sin duda el espíritu no puede devorar nuestros alimentos materiales; pero se asimila la parte espiritual de estos alimentos y deja la parte material que nosotros vemos.» ¿Se quiere más prueba de la universal originalidad del espiritualismo?

Pero los árboles, como dice Bosman, son dioses de segundo orden; no se les hacen ofrendas, no se les ruega, sino en tiempo de peste ó de calamidad. Los paisanos de Europa tienen todavía fe en antiguas tradiciones, relativas á sauces que sangran, que lloran, que hablan cuando se les corta, como en las hadas que habitan los pinos, en las *yanas* ó *xanas* de Asturias, en el silfo del bosque de Rugaard, etc., etc. Todavía en Franconia van las jóvenes solteras el día de Santo Tomás á dar tres golpecitos en la corteza de un árbol, y después escuchan la respuesta que les da el espíritu que le habita; éste les indica del mismo modo el marido que les tocará en suerte. Los vascos conservan el recuerdo de su *Basojaun* ó espíritu de los bosques, que acaso enlaza su perdida mitología con la de los primeros habitantes de la India. La costumbre de la gran peregrinación anual de la provincia de Birbhûm, en Bengala, resto indudablemente de la religión de las tribus indígenas, no aryanas, en que los peregrinos se dirigen á un bosque para ofrecer

arroz y dinero á cierto fantasma que le habita, puede ser una ceremonia de origen turaniano, hecha en honor de una especie de *Basojaun* eúskaro. Para los ainos, indígenas de Yesso, y los yakutos de Siberia, el espíritu de los bosques es un oso, en quien suponen poder é inteligencia. Otras veces se adoran ciertos animales, porque se les considera como la encarnación del alma de algún antepasado; pero este es el rasgo de unión entre el culto de los animales y el de los manes.

Nada de esto nos interesa, porque ya son desenvolvimientos lejanos de una idea primitiva. Nuestra tarea se reduce á sorprender el mito en su origen, y á descorrer el velo que ocultó hasta ahora, el misterio genésico de los dioses.

II.

La observación hecha por Moreau de Jones, de que la sílaba *er* entraba en la composición de la mayor parte de los nombres del Olimpo griego, es un hecho cierto que se extiende á todas las mitologías del mundo. Nosotros vamos á sacar las consecuencias que él no pretendió sacar siquiera de aquella observación. Hemos visto que, independientemente de esta sílaba *er*, puede observarse otra, que unas veces combinada con ella y otras aislada ó sola y reduplicada, forma también una gran parte de los nombres divinos; Esta no es más que el sonido de la espiración, variada según la índole de las diferentes lenguas. Hé aquí el gran misterio en toda su sencillez original. Si prescindimos de esa multitud de almas, genios, espíritus y demonios de segundo orden, cuya aparición es posterior y fruto de un desenvolvimiento aislado, y nos fijamos en los grandes dioses, veremos que por todas partes y á pesar de los siglos transcurridos, llevan el sello de las dos onomatopeyas primitivas.

Ved: *Bayama* el creador australiano, por otro nombre *Biam*, que enseña á los hombres himnos y canciones y que es la causa de las enfermedades. Descomponed estos nombres *Bayama*, *Biam*, si es que á primera vista no veis la espiración: *B-iam*, *yam*, *jam;* iguales á otros muchos nombres de la mitología del antiguo mundo que veremos después. La *B* puede ser eufónica ó haber ido desde un principio como forma de espiración. Se dirá quizá que no es posible que pueblos tan aislados y lejanos como los australianos hayan heredado los mismos nombres de dioses que nuestra raza. ¡Eh! qué sabemos nosotros donde estuvo el primer centro de creación del mito, ni las emigraciones y choques de razas y hasta hundimientos de continentes que pudo haber habido en los tiempos prehistóricos.

Aquí tenemos otra forma todavía más clara: *Yang*, el dios que ha enseñado la religión á los dayaks y que domina entre ellos á los otros espíritus, en unión de Tapa, el creador, y de Jiron, que preside al nacimiento y á la muerte. Tienen otro creador, *Tenabi*, para la tierra exclusivamente, pues el hombre debe el ser á *Tapa*. En *Tenabi* y *Tapa* es fácil ver formas de la espiración: *at*, *ab*, *ap*, unidas, pero *Jiron*, es un caso como encontraremos muchos en el mundo antiguo. Es la misma forma que puede estudiarse en *Eliom* y en *Gerion;* conserva contraidas las dos onomatopeyas: *Jaer*, y en cuanto á la terminación *on*, tenemos motivo para creerla heredada de un *on* primitivo, que se conserva en eúskaro con la significación de *bueno* y acaso grande al principio, y que pudo dar origen al *bonus* latino, *b-on-us*, con la *b* eufónica y la terminación.

En la Polinesia, los grandes dioses de los diferentes pueblos son *Oro* y *Tane*, *Raitubu*, el creador del cielo, y *Hina*, que ha ayudado á su padre *Taaroa*, el creador